

La clave de las crisis en Oriente Medio

Cómo la política de poder de la Guerra Fría se combina con el "progresismo" israelí y el feudalismo árabe para frustrar los impulsos potencialmente revolucionarios de los pueblos de Oriente Próximo¹

Por Paul Mattick

En Oriente Medio, las revoluciones nacionales deben operar tanto contra la reacción feudal como contra el control extranjero, por lo que son extremadamente débiles y tienden al compromiso y al oportunismo. El petróleo de Oriente Próximo sostiene tanto al capital extranjero como al feudalismo árabe sin aliviar en absoluto la miseria general de la población árabe. Hay muchos países árabes y reinos jeques "independientes" dentro de ellos, cada uno, por sí mismo, incapaz de oponerse con éxito a un Estado capitalista moderno. La primera condición para un nacionalismo árabe resurgente es, pues, la unificación, y esta unificación es constantemente sabotada por los

¹ *Liberation* Vol. 3 cuestión 11, 1959

grupos gobernantes de las diversas naciones árabes. Existe, sin embargo, algún tipo de cooperación entre ellos: la defensa de sus intereses separados frente al imperialismo extranjero, que se enfrenta a todos ellos. Por grandes que sean las sumas asignadas a los gobernantes árabes por las compañías petroleras extranjeras, siempre siguen siendo sólo una parte de los beneficios obtenidos de la producción de petróleo de Oriente Medio. Existe el deseo de obtener más y, si es posible, todos los beneficios. Mientras tanto, la presión política puede aumentar la participación de los gobernantes árabes, como ocurrió tras la frustrada nacionalización de la Anglo-Iranian Oil Company. En cualquier caso, los gobernantes árabes conocen tan bien como nadie el truco de hacer alarde de nacionalismo y desviar hacia los enemigos extranjeros el resentimiento por la miseria reinante.

Mientras que la explotación extranjera del petróleo convierte el "nacionalismo" de los países árabes ricos en petróleo en un instrumento de negociación para los gobernantes árabes y los contratistas extranjeros, Egipto constituye la punta de lanza del nacionalismo árabe debido a su relativa falta de recursos petrolíferos y a la consiguiente menor asociación entre los intereses feudales internos y los intereses capitalistas extranjeros. Sin embargo, en vista de las condiciones feudales que prevalecen en todos los países árabes y con el fin de ganar

y mantener su apoyo, la revolución nacional de Egipto no se concentra en la abolición del feudalismo, sino que se alimenta de ataques contra el imperialismo extranjero e Israel. Incapaz, y quizá poco dispuesto, a arriesgarse a tomar medidas internas radicales para aliviar algunas de las miserias de los pobres del campo a costa de la concentración de la propiedad de la tierra, Egipto hace hincapié en las posibles ganancias futuras a través de la independencia nacional, la unificación árabe y el control nativo de los recursos nacionales. La unidad árabe -precondición para acciones internacionales efectivas- impide acciones sociales revolucionarias efectivas dentro de los países árabes.

Sin duda, el carácter estrictamente nacional del movimiento árabe no indica nada con respecto al futuro. En el fondo de este movimiento, oscurecido pero no eliminado por él, se encuentra la terrible miseria de las masas árabes, que anhelan no la independencia nacional, la unificación y el control nativo, sino alimentos suficientes, vivienda, vestido, salud y una existencia humana. Así, con el tiempo, puede ocurrir que las aspiraciones nacional-revolucionarias adquieran un carácter cada vez más social-revolucionario y se dirijan tanto contra las condiciones feudales internas como contra el capital extranjero.

En una época en la que incluso las clases trabajadoras más sofisticadas de los países capitalistas altamente desarrollados están bajo el hechizo del nacionalismo, difícilmente podría esperarse que las masas ignorantes de las naciones atrasadas reconocieran claramente sus verdaderos intereses de clase. Sin embargo, sus actividades, aunque dirigidas por ideólogos, pueden muy bien implicar algo distinto de lo indicado por las banderas bajo las que operan. La nacionalización de la propiedad extranjera puede desembocar en la nacionalización de la propiedad nativa y la rabia de la pobreza puede reconocer al enemigo tanto en el autóctono como en el ricachón extranjero. Así, mientras esté en marcha, el nacionalismo debe ser acentuado con un fanatismo cada vez mayor para desviar a las masas inquietas del camino de la transformación social.

Por lo que respecta a Egipto, también es cierto, por supuesto, que ni la nacionalización ni el reparto de tierras podrían mejorar realmente sus deplorables condiciones económicas y sociales. Aunque cualquiera de las dos políticas cambiaría el carácter de la sociedad egipcia, seguiría siendo necesario complementarla mediante el desarrollo industrial para que las condiciones de vida se vieran afectadas de forma apreciable. Pero en vista de la extrema pobreza que prevalece y la escasez de recursos naturales, la industrialización efectiva está más allá de las

posibilidades de cualquier esfuerzo nacional. Sólo en cooperación con otras naciones árabes y gracias a la posesión de grandes recursos petrolíferos -indispensables para el capitalismo occidental- es posible la industrialización de Egipto y Oriente Medio. Aun así, será un proceso muy largo.

Por el momento, sin embargo, las agitaciones sociales en las naciones árabes están sometidas al control tanto de los verdaderos nacionalistas como de los pseudonacionalistas. Los primeros aún no pueden, y los segundos aún no quieren, forjar un bloque árabe que desafíe al capitalismo occidental. El fervor nacionalista egipcio puede extenderse por todo el mundo árabe, o puede ser aplastado tanto por la reacción árabe como por el imperialismo occidental. Es esta situación la que explica las políticas vacilantes de las naciones occidentales, y en particular de Estados Unidos, hacia el nacionalismo árabe. Entendido como una distracción de los verdaderos problemas sociales de los países árabes, el nacionalismo naciente también es temido por sus posibles efectos perjudiciales para los intereses occidentales.

El papel soviético

El control occidental sobre Oriente Próximo no podría ser desafiado realmente por las naciones árabes si no fuera por la existencia del bloque de potencias orientales y su simpático apoyo a las naciones en vías de desarrollo y aún "no comprometidas". Tanto por razones de defensa como de expansión, Rusia está dispuesta a apoyar la "autodeterminación nacional" allí donde se dirija contra el bloque de potencias occidentales. Imponer las políticas occidentales en los países árabes reteniendo la ayuda económica y militar sólo conduciría a que Rusia suministrara ambas. Arruinar el mercado del algodón egipcio mediante el *dumpin*² -como se consideró en su día- no haría sino radicalizar el nacionalismo egipcio y aumentar la influencia rusa en Oriente Medio.

La escasez y la lentitud en la mejora de las condiciones socioeconómicas en las naciones árabes obliga a los gobiernos nacional-revolucionarios a hacer hincapié en los cambios políticos para asegurar su propia existencia. A duras penas se alcanza un objetivo nacionalista, han de intentar alcanzar otro. El fin de la ocupación británica de Egipto llevó a exigir la evacuación de la zona del Canal de Suez; la evacuación de la zona, a su nacionalización; la nacionalización del canal, a la

² O competencia desleal. Se refiere a la práctica de vender por debajo del precio normal o a precios inferiores al coste con el fin de eliminar a la competencia y adueñarse del mercado. (*N. del T.*)

"egipcianización" de los holdings³ y empresas extranjeras. Y así continúa en la dirección general de la completa independencia y control sobre todos los recursos nacionales. En esta dirección general se encuentra también la reincorporación de Palestina a un futuro bloque de naciones árabes y la transformación de estas naciones en un Estado árabe unificado, aunque ambos proyectos impliquen revoluciones en los países árabes y guerras entre ellos, así como guerras contra Israel. Esta tendencia puede estar plagada de fracasos y reveses y los "héroes" árabes de hoy pueden ser los "traidores" de mañana.

El apaciguamiento del nacionalismo árabe puede ser a la vez útil y peligroso para el imperialismo occidental. Como el nacionalismo se consideraba útil a la luz de la "política global" de Estados Unidos, encontró cierto apoyo estadounidense, y como amenazaba con convertirse en peligroso se le retiró este apoyo. El peligro residía en la creciente disposición de las naciones árabes a aceptar la ayuda económica y militar rusa y en su persistente negativa a cambiar de una posición de "neutralismo" a un apoyo total a las políticas occidentales. La tendencia va más bien en dirección contraria, como indican las políticas

³ También llamado sociedad gestora, sociedad tenedora de acciones o simplemente sociedad de cartera. Es una sociedad comercial cuya principal función es la de tener y/o administrar la propiedad de otras sociedades o compañías. (*N. del T.*)

antioccidentales de Siria y Jordania, la creciente enemistad entre Egipto y las naciones del pacto de Bagdad y la deserción de Irak. Para indicar los límites del apaciguamiento, para poner a Egipto "en su sitio", Estados Unidos se negó a cumplir una promesa hecha anteriormente de financiar el proyecto de la presa de Aswam. La negativa estadounidense se interpretó correctamente como un movimiento político contra el nacionalismo árabe en general y el régimen de Nasser en particular, y condujo directamente a la contramoción de Nasser: la nacionalización del Canal de Suez.

La nacionalización del Canal de Suez no sólo significó el fin de un negocio muy lucrativo, hasta entonces controlado en gran medida por capitalistas franceses y británicos, sino que también proporcionó a Egipto una poderosa arma para combatir el imperialismo occidental. Controlar el flujo de petróleo a través del canal -petróleo indispensable para el buen funcionamiento de las economías de Europa Occidental- era una ventaja egipcia demasiado grande para ser aceptable para el capitalismo occidental. La acción de Nasser fue reconocida como un gran triunfo del nacionalismo árabe y encontró simpatía, o al menos de boquilla, en todas las naciones que emergían del dominio occidental o que aún se oponían a él. Dio un nuevo impulso a los movimientos nacional-revolucionarios en todas partes y fue

particularmente aclamado, y odiado, en la asediada Argelia. Amenazaba aún más la precaria posición de Francia en el norte de África y hacía retroceder sus esperanzas de aplastar el nacionalismo argelino. Fue una humillación añadida a la pérdida del dominio imperial para Gran Bretaña, y aumentó los temores de Israel al nacionalismo árabe hasta el punto de la combatividad obsesiva.

Estados Unidos, que no se vio afectado de inmediato por la toma del canal, se limitó a intentar tranquilizar a los opositores y a encontrar formas de apaciguar tanto a sus aliados occidentales como al nacionalismo árabe. La búsqueda de una solución de compromiso, que fuera satisfactoria para todas las naciones, incluido Egipto, arruinó las posiciones especiales de Francia e Inglaterra en el control y la explotación del canal, y contribuyó a aumentar sus dificultades en Chipre y Argelia. Sin embargo, estaban convencidos de que una acción por su parte obligaría a Estados Unidos a declararse del lado de sus aliados occidentales, tanto más cuanto que cerca de la mitad del petróleo de Oriente Medio está en manos norteamericanas. Sin embargo, la formación de la fuerza de invasión franco-británica debió de ir acompañada de cierta vacilación. Actuando al unísono con Israel, no necesitaban buscar un "motivo" que justificara la invasión

de Egipto; sin embargo, ningún motivo, real o falso, podría impedir que Rusia interviniera en favor de Egipto. Tal intervención sería respondida por Estados Unidos. Sin embargo, como ni Rusia ni Estados Unidos estaban ansiosos por entrar en guerra, el riesgo de que la invasión acabara en una tercera guerra mundial no era demasiado grande, y se hizo aún menor debido a los graves problemas de Rusia con sus satélites. Aparentemente, aquí había una oportunidad de conseguir un objetivo limitado -la subyugación de Egipto- independientemente de las actitudes de Rusia y Estados Unidos, y sin arriesgarse a una guerra general.

La problemática israelí

El conflicto árabe-israelí no es el principal problema de Oriente Próximo. Es sólo un aspecto del problema más amplio del nacionalismo árabe en su relación con el imperialismo occidental. Suponiendo que no existiera Israel, seguiría habiendo una lucha árabe por la autodeterminación, la unificación y el control de los recursos nacionales. Sin embargo, la existencia de Israel acentúa el nacionalismo árabe y proporciona una razón de ser a su creciente militancia. En esta cuestión, todas las naciones árabes pueden unirse. El odio a Israel dota al

pseudonacionalismo del feudalismo árabe de la aureola del verdadero nacionalismo. Pero también es el medio para un posible crecimiento de la unidad árabe más allá de los confines de los intereses feudales, y un incentivo siempre presente para radicalizar el nacionalismo árabe.

El Estado de Israel es producto tanto del nacionalismo judío como del imperialismo occidental. Aunque durante muchas décadas se esforzó por conseguir la condición de Estado -implícitamente en el movimiento sionista y explícitamente desde la Primera Guerra Mundial-, el nacionalismo judío no podría haber alcanzado su objetivo sin el apoyo del capitalismo occidental y de unas Naciones Unidas controladas por Estados Unidos. Desde el momento en que Palestina se convirtió en un mandato de la Sociedad de Naciones administrado por Gran Bretaña, los países árabes protestaron y combatieron el mandato y su disposición a favor de un hogar nacional judío, tal como se expresaba en la Declaración Balfour. Temían que la inmigración judía y la adquisición de tierras desplazaran a los árabes. Sus temores estaban justificados. Mientras que en 1922 los judíos representaban el once por ciento de la población total de Palestina, en 1945 representaban más del treinta y uno por ciento.

La emigración judía de Europa tras la Segunda Guerra Mundial intensificó los conflictos en Palestina. Los

países árabes lucharon contra la continuación del mandato; los judíos se opusieron a la formación de un Estado árabe, los árabes a la de un Estado judío, y ambos se opusieron a un Estado binacional con igualdad para judíos y árabes por igual. Las regulaciones existentes sobre inmigración y compra de tierras fueron anuladas por la inmigración judía "ilegal" y la venta "ilegal" de tierras árabes. Las hostilidades entre la potencia del mandato, los árabes y los judíos, adquirieron proporciones bélicas; tampoco se resolvieron con resoluciones de las Naciones Unidas para la partición de Palestina. Sin embargo, la derrota de los árabes en la guerra de 1948 cambió radicalmente la situación; mientras que casi un millón de árabes huyeron del país, un millón de judíos se trasladaron a él y, con la ayuda de Occidente, sobre todo de Estados Unidos, surgió el Estado de Israel.

Haciendo caso omiso de la irrelevante reivindicación judía de Palestina por razones de historia antigua, el Israel actual se estableció mediante la agresión y la guerra. El reconocimiento por parte de las Naciones Unidas no alteró sino que sólo "legalizó" este hecho. Para los países árabes, la existencia de Israel significaba no sólo el desplazamiento de árabes y la pérdida de propiedades y territorio, sino la continua proximidad de un Estado hostil aliado de las potencias occidentales. Implica la perspectiva de una mayor agresión judía, ya que para asegurar su

existencia, Israel debe hacerse lo suficientemente fuerte como para igualar no sólo la fuerza de cualquiera de los países árabes vecinos, sino la fuerza de todas estas naciones juntas, porque su unificación es una posibilidad real. Israel forzará el aumento de su población mediante una mayor inmigración, necesitará más territorio, adquirirá una mayor capacidad productiva y luchará por el dominio militar. Mientras tanto, el miniimperialismo de Israel sigue unido al imperialismo occidental.

Por supuesto, los nacionalistas judíos hablan del papel "progresista" que desean desempeñar en el desarrollo de Oriente Próximo. Al fin y al cabo, introdujeron métodos de producción capitalistas modernos, las correspondientes relaciones sociales y formas de gobierno muy superiores a las que prevalecían en los países árabes. Sin embargo, estas cosas no son totalmente desconocidas para el pueblo árabe, ya que las experimentaron antes, a través del imperialismo francés y británico. Los ficticios beneficios "a largo plazo" que se derivarían de emular el ejemplo de Israel no compensan las pérdidas presentes y futuras sufridas por el "éxito" de Israel, un éxito, además, basado principalmente en las generosas limosnas del extranjero. Sin la ayuda financiera estadounidense en diversas formas, las contribuciones judías privadas de todo el mundo y las reparaciones alemanas, Israel no podría existir en absoluto. En 1955,

por ejemplo, las importaciones de Israel ascendieron a trescientos veintiséis millones de dólares y sus exportaciones a sólo ochenta y seis millones de dólares.

Como manifestación externa de los sentimientos e idiosincrasias raciales, nacionales y religiosas judías y, según Abba Eban, como medio para prevenir "el peligro tanto de extinción física como de asimilación espiritual", Israel existe como curiosidad étnica y como instrumento de la política occidental. Mientras encuentre apoyo compasivo y político en las naciones occidentales, no puede oponerse a las políticas de estas naciones sin poner en peligro su propia existencia. La "independencia" política requeriría un esfuerzo hacia la "autosuficiencia". Pero esto también significaría la expansión del poder y la influencia de Israel, lo que no podría sino agudizar las rivalidades entre árabes y judíos. La "autosuficiencia", sin embargo, puede convertirse en una necesidad, ya que el apoyo del exterior puede agotarse lentamente o desaparecer por completo. La mera supervivencia, por tanto, implica una política israelí expansionista, y el desarrollo económico e industrial que la acompaña está destinado a entrar en conflicto, cada vez en mayor medida, con aspiraciones similares en las naciones árabes.

Israel y el radicalismo árabe

Lejos de fortalecer los elementos progresistas del mundo árabe con el ejemplo de su propia existencia, Israel sostiene así la reacción árabe e impide que el nacionalismo árabe se convierta en una fuerza social progresista. La oposición feudal a Israel apoya el feudalismo en los países árabes. Pero incluso un movimiento nacional-revolucionario emergente debe buscar el poder político manteniendo la oposición a Israel. Su lucha contra los judíos es un aspecto de su lucha contra el feudalismo árabe, que no consiguió acabar con Israel. Para Israel la reacción árabe es el "mal menor", ya que significa un enemigo más débil. Esto explica por qué Nasser, y no ninguno de los reyes árabes, es denunciado como un nuevo "Hitler" en la propaganda israelí.

Aunque totalmente indefendible como expresión del nacionalismo judío, Israel encuentra cierta justificación en el hecho de que para muchos judíos su existencia significó la diferencia entre la vida y la muerte. Al menos en parte, Israel es el resultado de la persecución judía, primero en la Rusia zarista y después en la Alemania nazi. No muchos de los judíos que pudieron escapar de los horrores del nazismo eran sionistas. Encontraron refugio en Palestina porque no podían encontrarlo en ningún otro lugar y porque el terror nazi reavivó las actitudes raciales y nacionales. Y estando en Palestina, la defensa de los judíos de su existencia se convirtió en la defensa de Israel, con

bastante independencia de las actitudes anteriores hacia el nacionalismo y el deseo de vivir en paz con los vecinos árabes.

Existe, sin duda, un deseo real entre amplias capas de la población judía de llegar a un acuerdo con el nacionalismo árabe y encontrar una base común para una paz duradera. Sin duda, también existen actitudes similares en los países árabes. Sin embargo, los intereses y aspiraciones nacionales son más fuertes que esas actitudes subjetivas. Una base real para una "paz duradera" sólo podría ser el deshacer la historia, la vuelta a aquellas condiciones en las que los judíos no eran una amenaza para los árabes y los árabes no eran una amenaza para los judíos. Sin embargo, no es fácil poner fin a un estado de guerra oficial y extraoficial que se ha prolongado durante más de tres décadas, sobre todo dentro de los confines del capitalismo.

La catástrofe de Suez

Para Israel, la mera certeza del apoyo francés y británico era razón suficiente para tratar de destruir el régimen de Nasser y asestar así un poderoso golpe al nacionalismo árabe. No es que Israel, siendo la potencia militar más fuerte de la zona, necesitara el apoyo militar de Francia y

Gran Bretaña -aunque éste también era bienvenido-, sino que necesitaba su apoyo político contra las naciones que protestaban y para ganarse el asentimiento de Estados Unidos. Golpear a Egipto en alianza con Francia e Inglaterra era "la oportunidad de su vida". Y los israelíes la aprovecharon al máximo, insistiendo al mismo tiempo en que su marcha hacia el Nilo era en pura defensa propia. Había que poner fin a la agresión árabe allí mismo, aunque la invasión apenas encontró resistencia y el enemigo armado por los rusos que sirvió de excusa para el ataque no era rival para Israel. Se trataba de una "guerra preventiva" para evitar una posible guerra futura en circunstancias que pudieran ser menos favorables para Israel. Por supuesto, un adversario débil puede seguir siendo una molestia, y aunque Israel nunca dudó de su superioridad militar, se quejó amargamente y de forma constante del acoso de los merodeadores árabes, de la falta de paz en términos israelíes y del cierre del Canal de Suez a su navegación.

Los conflictos fronterizos y las incursiones siempre se utilizan para justificar la agresión y pueden desestimarse por este motivo, así como por el de que nunca son asuntos unilaterales. Es cierto, por supuesto, que los árabes nunca han consentido la existencia de Israel y que van muy en serio en sus intenciones de "echar a los judíos al mar". Sin embargo, las intenciones carecen de sentido sin la

capacidad de llevarlas a cabo. La discriminación contra la navegación judía, aunque es un hecho, es un hecho de larga data y no fue la causa inmediata de la invasión de Israel, que puede explicarse por el deseo de Israel de aplastar a un enemigo potencial y, en el proceso de hacerlo, satisfacer sus propias necesidades expansionistas.

La ofensiva de Israel, justificada por la “agresión” árabe, sirvió entonces para “justificar” la invasión británico-francesa como un intento de salvaguardar el Canal de Suez y el transporte marítimo internacional. Al parecer, la mejor manera de lograrlo consistía en el bombardeo de saturación de las pistas de aterrizaje, la destrucción de las instalaciones portuarias y la destrucción de las ciudades egipcias. El Canal era entonces bastante inútil, bloqueado como estaba por barcos hundidos y otros obstáculos. Los oleoductos en Siria fueron sabotados y el petróleo necesario para las economías de Europa occidental tuvo que ser transportado alrededor del Cabo, o desde Estados Unidos, en buques cisterna propiedad en su mayoría de empresas estadounidenses. La situación que se pretendía evitar con la toma del canal fue creada por la toma misma. Había reservas de petróleo en Europa occidental, pero sin la ayuda de Estados Unidos, la perspectiva de una crisis económica grave no estaba demasiado lejos. Liberada del posible “chantaje” egipcio mediante su control del Canal, Europa Occidental

dependía ahora más que nunca de la buena voluntad de Estados Unidos. Francia e Inglaterra tuvieron su propio tipo de “chantaje” bajo el supuesto razonable de que Estados Unidos no los decepcionaría por temor a romper la alianza occidental.

Pero esto resultó ser un gran error de cálculo. Estados Unidos se unió a Rusia para condenar la invasión y tratar de ponerle fin a través de las Naciones Unidas. Aunque el prestigio de Rusia en Oriente Medio estaba destinado a aumentar como resultado de su decidida postura contra la invasión, también lo hizo el de Estados Unidos. Las posiciones de Francia e Inglaterra en Oriente Medio, que habían estado en decadencia durante mucho tiempo, estaban ahora completamente destruidas y tuvieron que ser reemplazadas por la influencia estadounidense para contrarrestar la penetración rusa. Permitir que las tres naciones invasoras permanecieran en Egipto, incluso si eso no condujera a una guerra con Rusia, radicalizaría el nacionalismo árabe y con toda probabilidad conduciría a una resistencia guerrillera que recibiría ayuda rusa. Esto podría poner en peligro la producción y el suministro de petróleo, así como las instalaciones militares estadounidenses en los países árabes, casi tanto como si Rusia controlara la zona. Para Estados Unidos sólo existía la opción entre unirse a sus aliados para apoderarse de todo el Medio Oriente por la fuerza, u oponerse a sus

acciones e instarlos a salir de Egipto. Molestos por las actividades clandestinas de sus homólogos franceses y británicos, para los políticos estadounidenses esta última opción no fue demasiado difícil de ejecutar.

La vigilancia estadounidense de medio oriente

Lo que fue de absoluta importancia para Estados Unidos en Medio Oriente fue la paz y el control continuo por parte del capitalismo occidental. La invasión de Egipto, cualesquiera que sean sus resultados, sólo podría debilitar la economía de Europa occidental y alienar aún más al mundo árabe. No tenía sentido minar la fuerza del mundo occidental atendiendo a los intereses particulares de algunas de sus naciones; especialmente porque estas naciones ya habían perdido la influencia que alguna vez poseyeron. Más bien, era necesario suplantarlo al imperialismo francés y británico en quiebra con el control mucho más poderoso de Estados Unidos. El gobierno de Eden fue el primero en reconocer la inutilidad de oponerse a Estados Unidos. Más a regañadientes, porque presionada por la revuelta argelina, Francia cedió, y después de muchas objeciones y negociaciones, Israel también retrocedió. Pero el nacionalismo árabe también fue potencialmente frenado por la nueva amenaza de

invasión –aunque sólo implícita– de la Doctrina Eisenhower.

La negativa de Estados Unidos a tolerar la invasión incorporó un rechazo a la “autodeterminación” política nacional dentro del bloque de poder occidental. Las aspiraciones nacionales de los países menos desarrollados y más débiles no pueden realizarse excepto en la medida en que encajen en los esquemas de poder de las naciones imperialistas dominantes. Las diversas rivalidades nacionales en el Medio Oriente, cuando se mantienen dentro de límites “razonables”, son palancas de control “autorreguladoras” más efectivas que la intervención militar directa, que, como ocurrió a raíz de la reciente revolución iraquí, se reserva como último recurso. Sin una interferencia “externa”, ahora restringida a la interferencia rusa, las diversas aspiraciones nacionales se reducirían mutuamente a la insignificancia y permitirían un control exitoso de todas ellas por parte de esa nación, o bloque de naciones, capaz de aislar el Medio Oriente.

La Doctrina Eisenhower, cuando en realidad se complementa con una “Cortina de Hierro” instalada por Estados Unidos entre Rusia y Medio Oriente, excluye la autodeterminación de cualquiera de las naciones de Medio Oriente. Rusia, que nunca duda en destruir del modo más

despiadado cualquier intento de autodeterminación nacional en los países bajo su propio control, ahora exige “no interferencia en los asuntos internos de los países del Cercano y Medio Oriente; respeto por la soberanía y la independencia de estos países”, amenazados como están por la Doctrina Eisenhower. Y Estados Unidos, que exige la autodeterminación nacional de los satélites de Rusia y su derecho a atravesar la “Cortina de Hierro” instalada por Rusia, no duda en aplicar a Oriente Medio políticas que aborrece en Europa del Este.